EEUU: el gobierno de los multimillonarios

Martine Orange*
05/01/2025

Con la reelección de Donald Trump, una plutocracia de multimillonarios está a punto de hacerse con el control del Estado estadounidense. Todos ellos, como Elon Musk, son producto del capitalismo rentista surgido tras la crisis financiera de 2008. La confrontación con los intereses privados parece inevitable.

Él no podría ser el último. Y mucho menos abstenerse. A pesar de que Jeff Bezos ya le había echado unas cuantas pestes a Donald Trump al negarse a que su periódico, el Washington Post, se posicionara en los últimos días de la campaña presidencial, y a pesar de que felicitó al candidato republicano «*por su extraordinaria remontada*» la noche de su elección, el multimillonario no tardó en darse cuenta de que tenía que hacer algo más. Siguiendo los pasos de Meta (propietario de Facebook) y de muchos otros millonarios de Silicon Valley, el jefe de Amazon anunció el 11 de diciembre que iba a donar un millón de dólares al fondo encargado de organizar la ceremonia de investidura del nuevo presidente el 20 de enero.

Jeff Bezos es sólo un ejemplo del espectacular movimiento del capitalismo estadounidense en estos momentos. Grupos que se habían distanciado del futuro presidente desde el atentado del Capitolio del 6 de enero de 2021 se sienten obligados a figurar entre los grandes donantes del día de la investidura, como Goldman Sachs, Ford, General Motors y muchos otros. Incluso donantes históricos del Partido Demócrata, como Ted Sarandos, el jefe de Netflix, han considerado oportuno participar.

Desde la elección de Donald Trump, muchos jefes de grandes grupos, banqueros y financieros han acudido a Mar-a-Lago, la residencia de Donald Trump en Florida, para prometer su lealtad. Los banqueros y financieros de Wall Street estaban allí, por supuesto. Pero los multimillonarios de Silicon Valley, como Mark Zuckerberg (Meta), Tim Cook (Apple), Sam Altman (OpenAI), el presidente estadounidense de TikTok, que teme ser vetado definitivamente en territorio estadounidense, y el fundador del banco japonés SoftBank, que ha prometido invertir al menos 100.000 millones de dólares en Estados Unidos en los próximos años, han sido los que más rápido han hecho el viaje a Florida.

Estos encuentros han cobrado tal importancia que algunos ya denuncian la «*gran capitulación*» del mundo empresarial ante el futuro presidente estadounidense.

Ante esta afluencia de visitas y reuniones improvisadas, Donald Trump no escatima en placer: este afán le permite medir su omnipotencia. El hombre al que las grandes figuras del capitalismo estadounidense habían despreciado durante su primer mandato, y luego desterrado de plano tras el asalto al Capitolio, se encuentra ahora en el centro de todas las atenciones, de todas las reflexiones. «*Durante mi primer mandato, todo el mundo luchaba contra mí. Hoy, todos quieren ser mis amigos*», bromeó ante los periodistas.

El «*efecto Trump*», como él mismo lo llama, empezó a manifestarse en los círculos de poder y dinero incluso antes de su investidura. El enfoque de estos financieros y capitanes de la industria es cualquier cosa menos desinteresado. Todos ellos están tratando de entrar en las «buenas gracias» del futuro presidente, para defender sus causas, para obtener ajustes a los objetivos y ambiciones establecidos por Donald Trump durante su campaña.

No tardaron muchos días en darse cuenta del giro político que se estaba produciendo. Todos ellos

se dieron cuenta de que las reglas del juego estaban cambiando, mucho más rápido de lo que esperaban: el poder y la influencia que habían podido ejercer sobre las administraciones estadounidenses durante décadas se les escapaba de las manos.

Siete miliardarios y varios multimillonarios

Durante su campaña, Donald Trump no ocultó su ambición de liderar una «revolución» en Estados Unidos. Más preparado que durante su primer mandato, empezó a dar los primeros pasos sin demora. Al día siguiente de su elección, se anunciaron una serie de nombramientos. Todos llevan el mismo sello: Donald Trump ha elegido a amigos y aliados para ocupar los puestos más altos de su administración.

Todos ellos son ricos, o incluso muy ricos, lo que en el mundo trumpiano se considera una marca de excelencia. Según la reseña de Bloomberg, la nueva administración tendrá al menos siete miliardarios y varios multimillonarios en puestos muy importantes de la nueva administración. Los posibles conflictos de intereses están por todas partes. Pero para Donald Trump, no es un problema.

Elon Musk es, naturalmente, la figura emblemática de este nuevo poder. Incluso antes de la elección de Donald Trump, el multimillonario estaba en todas partes. Ahora está omnipresente, ejerciendo las funciones de un vicepresidente fuera de cualquier marco constitucional. En la nueva administración, estará oficialmente a cargo del Departamento de Eficiencia Gubernamental. Ya popularizado bajo el acrónimo Doge (de Departamento de Eficiencia Gubernamental), su misión, según él, es atajar todo el despilfarro del Gobierno federal. En esta tarea contará con la ayuda de Vivek Ramaswamy, otro multimillonario que hizo su fortuna en inversiones financieras y sanitarias.

Junto a ellos, Stephen Feinberg, cofundador del fondo Cerberus Capital Management y multimillonario por derecho propio, será el número dos del Pentágono. Jared Isaacman, cuya fortuna se estima en 2.200 millones de dólares gracias a sus inversiones en fintech y muy cercano a Elon Musk, ha sido nombrado administrador de la NASA. Howard Lutnick, antiguo jefe del fondo Cantor Fitzgerald, que también tiene una fortuna de 2.200 millones de dólares, será Secretario de Comercio de Estados Unidos. Frank Bisignano, que hizo su fortuna con las tecnologías digitales de pago, es Comisario de la Seguridad Social.

Scott Bessent, antiguo jefe del fondo de alto riesgo de George Soros, que construyó parte de su fortuna especulando contra la libra en 1992 y contra el yen en 2011, es nombrado Secretario de Estado del Tesoro. Chris Wright, que ha ganado cientos de millones desarrollando tecnologías para acelerar la fracturación hidráulica, ha sido nombrado secretario de Energía.

Un vicepresidente no elegido

Aún no ha tomado posesión oficial de su cargo. Pero ya está en todas partes. Y para que nadie desconozca sus cargos, ha hecho cambiar los algoritmos de su red social, X, para que sus mensajes aparezcan los primeros de la lista.

En pocos días, Elon Musk se ha erigido, sin ninguna base legal, en vicepresidente ejecutivo no electo de Donald Trump. En los primeros días, participó en conversaciones diplomáticas con el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky y declaró su apoyo al partido alemán de extrema derecha AfD. Dio su apoyo a la derecha canadiense y felicitó a Nigel Farage en Gran Bretaña.

En los últimos días ha interferido sin freno en las discusiones presupuestarias en el Congreso. Su postura maximalista de rechazar cualquier aumento del techo de la deuda, a riesgo de paralizar

toda la administración pública, no fue aceptada. Pero Musk obtuvo alguna compensación. Y una primera cabellera: la agencia federal contra la desinformación extranjera, el Global Engagement Center, se ha visto obligada a cerrar. El multimillonario la acusó de obstruir la libertad de expresión.

Elon Musk tiene muchas otras cosas en el punto de mira. Pretende atacar a todas las agencias reguladoras y autoridades que se interponen en el camino de los «negocios libres». Pero son sobre todo la NASA y el Pentágono, que han asegurado su fortuna concediéndole contratos multimillonarios a lo largo de los años, los que centran su atención. Elon Musk ha decidido abordar los contratos del caza F-35, el espacio y la defensa. Palantir y Anduril, dos importantes grupos que trabajan con el Pentágono, propusieron inmediatamente al jefe de SpaceX que uniera fuerzas con él para pujar por nuevos contratos de defensa.

A pesar de sus nuevas funciones en la administración Trump, Elon Musk pretende seguir dirigiendo Tesla, SpaceX, Starlink y Neuralink como hasta ahora. Los conflictos de intereses son evidentes. Pero nadie se preocupa. Al contrario. Todo el mundo parece querer beneficiarse de la buena fortuna del multimillonario.

Desde la elección de Trump, su fortuna ha aumentado en 110.000 millones de dólares hasta superar los 450.000 millones. Ahora es el hombre más rico del mundo. Algunos apuestan a que superará el billón de dólares en los próximos dieciocho meses.

Destruir el «Estado profundo

Estos son sólo algunos ejemplos. Además de estos nombramientos altamente simbólicos, Donald Trump ha designado a varios amigos íntimos y asociados para dirigir agencias federales. El abogado republicano Paul Atkins, muy favorable a las criptoactivos, asumirá la dirección del regulador de los mercados financieros, la Sec, hasta ahora muy hostil al desarrollo de estos activos digitales incontrolados, mientras que Bo Hines, muy cercano a Donald Trump y muy favorable a las criptomonedas, acaba de ser nombrado director ejecutivo del nuevo Consejo Presidencial de Activos Digitales.

En todas partes, los designados tienen la misión de destruir el «Estado profundo», el que en la retórica de Trump se interpone en el camino de la verdadera democracia. Altos funcionarios federales están dimitiendo del poder judicial y de las autoridades reguladoras. Deprimidos y estupefactos, se dan cuenta de que no pueden hacer nada contra la apisonadora que se está poniendo en marcha.

La comunidad empresarial siempre ha ejercido una gran influencia en la política estadounidense, aunque sólo sea a través del coste de las campañas electorales. Ya en 1901, Theodore Roosevelt, Presidente de Estados Unidos de 1901 a 1909, entró en guerra contra la influencia de los *barones ladrones*, los industriales y financieros que dominaban la vida económica y política del país. Franklin Roosevelt retomó la lucha durante su presidencia (1933-1945). Desde el auge del neoliberalismo, marcado por la elección de Ronald Reagan, la «cooperación» con las comunidades financieras y empresariales ha sido cada vez más estrecha.

Con Donald Trump, sin embargo, se está produciendo un verdadero cambio de naturaleza. Ya no es el capitalismo financiero vigente desde los años ochenta el que domina. Ya no son las grandes instituciones de Wall Street, como Goldman Sachs y JPMorgan, ni los poderosos industriales como Bechtel, quienes envían a algunos de sus dirigentes a puestos ejecutivos clave. Estamos asistiendo al nacimiento de una plutocracia dominada por multimillonarios independientes, que trabajan únicamente para sus propios intereses y están a punto de hacerse con el control directo del Estado.

Un nuevo capitalismo surgido tras la crisis de 2008

Todos ellos encarnan un nuevo capitalismo surgido tras la crisis financiera de 2008. Es un capitalismo de rentas y a menudo de depredación, en el que todos se han aprovechado de los defectos del sistema para construir posiciones inexpugnables. Los nuevos sectores que han surgido o se han desarrollado desde esa fecha son sus pilares. Todos comparten la misma visión libertaria de un

mundo sin gobierno, que les permita actuar y prosperar sin trabas. El Presidente argentino Javier Milei es su héroe.

El sector de la alta tecnología y digital es el más representativo de esta transformación. Tras haber construido imperios tecnológicos, a veces monopolios mundiales, libres de cualquier obstáculo, ahora pretenden transformar su poder tecnológico y financiero (su capitalización bursátil supera el PIB de muchos países del mundo) en poder político. La tecnología (centros informáticos, bases de datos mundiales, inteligencia artificial) les permite creer que pueden dirigir el mundo, moldear la opinión pública, orientar el consumo y las poblaciones sin obstáculos en su propio beneficio, si el Estado rebaja sus últimas salvaguardias.

El sector energético está en la misma línea. Pero no son las grandes petroleras (ExxonMobil, Chevron y otras) las favorecidas por el futuro presidente, sino los grupos que explotan y desarrollan el gas y el petróleo de esquisto. Este sector despegó con fuerza a partir de 2009, lo que permitió a Estados Unidos volver a ser el primer productor mundial de petróleo a partir de 2013. «*Vamos a perforar como locos*», anunció Donald Trump durante su campaña. Poniendo su dinero donde está su boca, ha elegido como ministro de Energía al millonario que desarrolló las tecnologías de geolocalización necesarias para explotar estos yacimientos. El futuro presidente ya ha advertido a los europeos de que impondrá aranceles a todas sus exportaciones si no compran suficiente petróleo y gas estadounidenses.

El tercer pilar es, por supuesto, el financiero. Pero una parte muy concreta del sector financiero: los *hedge funds*, los fondos de inversión, aquellos que han prosperado aprovechando las lagunas y descuidos de la normativa impuesta tras el colapso financiero de 2008. Este sector financiero paralelo mueve miles de millones, acompañando a todas las aventuras de Silicon Valley, la fracturación hidráulica, la sanidad, etc.

Una subcategoría acaba de unirse a ellos: el sector de los criptoactivos. Sacudido por sonadas quiebras como la de FTX, perseguido por reiterados incumplimientos de la regulación como Binance, ha vivido horas aciagas durante la presidencia de Biden. La Reserva Federal y las agencias de regulación financiera se han comprometido a endurecer la normativa para controlar este opaco sector, patio de recreo favorito de blanqueadores de dinero, mafias y terroristas. Donald Trump ha prometido acabar con todo esto y convertir a Estados Unidos en la base mundial de las criptoactivos. Los especuladores no se han equivocado: desde la elección de Trump, el bitcoin ha ganado más de un 42% y se acerca a la barrera de los 100.000 dólares.

Capitalismo contra capitalismo: el inevitable enfrentamiento

Avalados por Donald Trump, todos los actores de este nuevo capitalismo sienten crecer sus alas. Todo parece posible, a su alcance. Tanto más cuanto que se sienten respaldados por una serie de sectores. Acabar con las regulaciones y normas financieras introducidas tras la crisis de 2008, como prometió el futuro presidente, hará las delicias de los bancos y financieros que las ven como un obstáculo para sus beneficios. Abolir toda legislación medioambiental cuenta con la aprobación de la mayoría del mundo empresarial. Romper cualquier pacto social, abandonar el salario mínimo y torcer el cuello a la protección social y de los consumidores satisface las demandas de muchas empresas.

Pero es probable que este apoyo dure poco. Muy pronto, la instauración de este nuevo poder chocará con intereses privados divergentes. El capitalismo, atrincherado desde hace décadas, no va a dejar que estos nuevos multimillonarios se apropien de todas las posiciones, todos los recursos y todo el poder en beneficio propio. Exigirán participar en el reparto del botín público y tener su lugar.

Además, estos nuevos capitalistas, por ricos que sean, sólo representan una pequeña parte de la economía estadounidense, en términos de producción, empleo y actividad. Son los demás sectores -agricultura, minería, industria y servicios- los que siguen impulsando la maquinaria económica del país. Desde hace mucho tiempo, están acostumbrados a colaborar con el Estado, a desviar estos recursos -ya sea en forma de ayudas directas, de financiación indirecta o de legislación- en beneficio propio. Esta situación, en la que los poderes públicos son el garante último de sus beneficios, les conviene perfectamente.

Para ellos, poner en tela de juicio sectores enteros del Estado, desorganizar el sistema, significa correr el riesgo de desequilibrarlo todo, de lanzarse a lo desconocido. Varios grupos industriales ya han expresado su preocupación por los futuros planes de Donald Trump.

La introducción de aranceles, empezando por las importaciones procedentes de México y Canadá, que constituyen una base de producción única para los fabricantes estadounidenses, en particular en el sector del automóvil, amenaza con poner patas arriba toda su organización. Su anuncio de una deportación masiva de inmigrantes ilegales nada más tomar posesión del cargo ha provocado escalofríos en ciertos sectores, incluidos gigantes digitales como Amazon y Uber, que prosperan gracias a esta mano de obra mal pagada y privada de derechos.

La eliminación de una serie de subsidios asignados a diferentes sectores de la economía, incluido el debilitamiento parcial de la Ley de Reducción de la Inflación, que apoya a los fabricantes de automóviles, así como a los fabricantes de semiconductores y equipos de energía renovable, amenaza los intentos de reindustrialización de Joe Biden.

Refiriéndose a la experiencia del primer mandato de Donald Trump, algunos se muestran tranquilizadores, convencidos de que el futuro presidente acabará mostrándose razonable. Otros se muestran mucho más preocupados, ante la inevitabilidad de un enfrentamiento entre las dos formas de capitalismo.

*Martin Orange es ex periodista de Usine Nouvelle, Le Monde y La Tribune.

Fuente: https://www.mediapart.fr/journal/international/261224/etats-unis-le-gouvernement-des-milliardaires
Traducción: Antoni Soy Casals para sinpermiso.info